

Dr. Egizio Carloni

† El 15 de Mayo en la línea de fuego del Trentino.

Días antes de recibir la triste noticia de la caída mortal de Carloni en los escarpados del Trentino, pensábamos en él. Tantos meses la metralla lo había respetado que suponíamos como cosa natural el que la fortuna continuara siéndole propicia. Lo veíamos con la imaginación en viaje de retorno y trazábamos el ir hasta Montevideo a anticiparle los abrazos de bienllegado.

¡Y decir que en esos precisos momentos en que todo era augurio de vida mejor, la muerte roía las entrañas del buen amigo y su cuerpo, pequeño y macizo, pudría a la intemperie, tendido en la postura definitiva, en medio de bultos inertes, despojos anónimos todos ellos que no tuvieron en el instante supremo la caricia aliviante de una lágrima amiga!

Llevaba Carloni el presentimiento de su fin. Su humor parejo, su bonhomía risueña y tolerante descendió en sus últimos días de vida americana hacia una tristeza sorda que tenía mucho de resignación estóica. Sabe Dios qué batalla íntima no debió librarse en su espíritu tan claro, tan agudo, tan comprensivo. Hacia una parte tiraba su mansa condición de hombre-cordero y su inteligencia desasida de prejuicios y acostumbrada a vagar por las regiones libres y serenas de la filosofía. Hacia la otra lo empujaría el deber, ese inapelable deber que nos impone la presión social.

La víspera de su partida, algunos amigos tendimos los manteles de la última cena. No hubo alegría en aquella mesa. Ni la sangre moza ni los vapores de Baco pudieron hacernos olvidar la dolorosa ocasión de aquel homenaje.

Esa misma noche, en la Academia que dirigía, sus discípulos, mujeres y varones, unidos en la misma solicitud cariñosa, volcaron en las modestas aulas rica cosecha de flores. Y Carloni enterneció hasta el llanto. ¡Cuántas veces las *saudades* de este cuadro reconfortante de

cordialidad humana, no habrán soliviantado su alma en la brega de odio y de sangre a que el destino lo había arrastrado!

Al día siguiente se embarcó. No le faltaron en este duro trance manos amigas que estrechar. Llegado a Italia, horas contadas pudo guarecerlo el viejo techo de la casa paterna. Acudió al cuartel de sus mocedades y reasumió el puesto de oficial y, en seguida, al campo de batalla. Así, sin transición, como en un sueño agradable que termina en pesadilla, pasó de su vida tranquila, elevada y serena por el continuo comercio de las ideas, a la apocalíptica e infernal vorá-gine de la lucha: ¡Pobre Carloni, el mas filósofo de nuestra pequeña colmena de selenitas, víctima, también él, del charlatanismo guerrillero! ¡No es para todos aprender filosofía, pero cuánto más difícil no es vivirla!

Ante eso que se llama «todo el mundo» nuestro compañero ha salvado su honor. En cambio, se ha perdido un corazón de pan y se ha apagado para siempre un cerebro robusto y promisor. Y quedan allá en la lejana Florencia, dos mujeres, sus dos hermanas, ahora doblemente huérfanas, expuestas a todas las asechanzas de la pobreza y del egoísmo humano. ¡Ah, la patria!..

C. M. B.

